

**TARAZONA, CUNA DE EMINENTES FIGURAS
DE NUESTRA ESCENA
(PACO MARTÍNEZ SORIA, ALGO MÁS QUE UN ACTOR)**

ALFONSO ASENSIO BECERRIL

**TARAZONA, CUNA DE EMINENTES FIGURAS
DE NUESTRA ESCENA
(PACO MARTÍNEZ SORIA, ALGO MÁS QUE UN ACTOR)**

ALFONSO ASENSIO BECERRIL

Al artículo «Calatayud, cuna de ingenios», escrito por ese admirable turiasonense en ejercicio que es Víctor Azagra Murillo, correspondí con otro que titulé «Tarazona, cuna de eminentes figuras de nuestra escena», publicado en Heraldo de Aragón el día 10 de diciembre de 1983. De este artículo, reproduzco algunos de sus párrafos:

«Tengo que confesarte, Víctor, que no me ha resultado difícil —Tarazona ofrece temas abundantes— corresponder a tu piropeo literario dedicado a mi pueblo. Piropeo, por otra parte, justo y merecido pues la sola enumeración de nombres como los de Marcial, Gracián, Liñán de Riaza, Serón y un largo etcétera creo que lo dicen todo. Podía haber caído en la fácil tentación de hacer un canto de tu Tarazona monumental —templo del mudéjar— que tantas facetas insólitas ofrece, pero es claro que hubiera sido un pecado de vanidad por mi parte. Toda mi torpe exposición no hubiera representado sino un pálido reflejo de lo que figura en los tratados de arte donde Tarazona ocupa un lugar de privilegio. He optado, en consecuencia, por elegir un tema que tuviera afinidad con el que glosaste a mi pueblo. Y, como decía, entre los abundantes temas que Tarazona ofrece está el teatro, ya que es innegable la sobresaliente aportación de Tarazona al mundo escénico.»

«Siguiendo tu línea, no pretendo realizar un estudio profundo de la significación de Tarazona en la historia del teatro español, pero sería inconfesable

para un aragonés hablar de Tarazona en este campo y no tener un recuerdo para Raquel Meller, Paco Martínez Soria y los Montijano.»

«El apellido Montijano tiene un gran prestigio en el mundo teatral y sus miembros figuraron en las mejores compañías. Dedicemos un recuerdo especial para las actrices de esta familia, todas cotizadísimas, siempre en lugar destacado en los repartos de las compañías de lujo.»

«De Raquel Meller (Francisca Marqués López) mucho se ha dicho y escrito, aunque no lo suficiente. Mujer de gran belleza, exquisita sensibilidad y desbordante personalidad, fue una artista de fama universal. Fueron clamorosos sus triunfos en París y Estados Unidos. Además del cuplé, en el que fue la figura indiscutible, llegó a cultivar la revista y triunfó en el cine. Interpretó, incomparablemente, cuplés tan populares como «El relicario» y «La violetera», entre otros. Raquel es leyenda, una figura mítica, con luz propia en esa constelación de estrellas que forman los escasos elegidos por el destino y el arte.»

«Todavía permanece fresco el dolor que todos los españoles sentimos por la muerte de Paco Martínez Soria. Nos costó asimilar la despedida de este gran hombre al que todos debemos, cuando menos, el bien de una risa o la riqueza de una emoción. Paco demostró hasta la saciedad que no hay crisis teatrales sino crisis de individualidades. Ya se decía, a principios de este siglo, que el teatro de Occidente no tenía nada que hacer, que había agotado sus temas y que entraría en un declive irremediable. Paco vino a confirmarnos que, por encima de la temática, cuando la obra se brinda y se sirve a un actor de su categoría, el teatro sigue estando vivo y suscita el interés de las gentes. No desdeñaba ningún papel, como actor grande que era. Ya dijo Chaliaplin —no se confunda con Charlot— que «para un gran actor ningún papel es insignificante y para un actor mediocre no existen grandes papeles». Aunque, quizás, Paço fuera algo más que un actor, un personaje escénico de incalculable dimensión. Un personaje polifacético, único, que, siguiendo un camino de sentimiento, naturalidad y sencillez, caló en el alma popular. El pueblo llano y él estaban fundidos, se habían hecho mutuamente. Aquí, con este singular personaje, tienen los estudiosos del teatro suficiente y apasionante materia para su trabajo.»

A la figura excepcional de Paco Martínez Soria quiero dedicar unas breves líneas —un libro copioso se merece— que no tienen otra ambición que el recordar algunos aspectos de su fascinante personalidad ya que abordar el estudio integral de este gran hombre y artista es empresa que exige plumas más competentes y eruditas que las de este modesto firmante.

Desde mi juventud, he sido un fervoroso y rendido admirador de Martínez Soria. Este fervor se acrecentó en 1963. Quiso la suerte que, en las Fiestas del Pilar del año citado, un conocido locutor de radio me rogase que le acompañara al zaragozano teatro Argensola donde tenía que hacer una entrevista a Paco Martínez Soria. Descubrí a un Paço sencillo, campechano, ocurrente, filósofo, sabio, con «esa sabiduría popular que encierra todo el saber», al decir de

Manuel Machado. Su calurosa voz —una voz extraordinaria, que se sepa— su tono familiar y su talante cordial, hicieron todo fácil. El locutor me confesaba, después, que había sido su entrevista más distendida. El, toda una figura, descendía al plano preciso para facilitar y hacer grata la tarea a los demás.

En aquellas mismas fiestas, tuve como invitado a Juan P. Moreno, un «clown» que actuaba en uno de los circos. De renombre internacional, era, a la sazón, secretario del Club de Payasos Españoles, con sede en Madrid. Me contó cosas de Paco que, todavía y aun con el paso de los años, no puedo recordar sin emocionarme. Paco ayudó mucho a este club, brindando su mano amiga, desinteresada y generosa a sus compañeros necesitados. Se preocupó por todo y por todos. En el club era un ídolo y, a la vez, el amigo para remedio y consuelo de sus colegas sin suerte. Paco —afirmaba Moreno— tenía la vocación de «clown», es lo que le hubiera gustado ser y admiraba y respetaba a los payasos. La generosidad de Paco, «a la chita callando», sin alharacas, retratan su perfil humano, su exquisito señorío, su grandeza de alma, lo que no debe sorprender pues, no en balde, empapó la esponja de su hombría de bien en unas benditas aguas, las de Tarazona, que imprimen un noble sello, una forma de ser especial a sus hijos.

Paco Martínez Soria no se limitó a ser, simplemente, un actor. Cuando el actor se ciñe al papel de mero agente comunicador del texto al público, aunque interprete correctamente, su labor no trasciende más allá de la representación. De poco sirve, incluso, un buen texto sin el actor adecuado que le dé vida.

Esta lección la aprendió pronto nuestro insigne actor. Comprendió que el elemento popular es la sustancia que da vida al teatro y la raíz de su grandeza; que el teatro es la expresión más genuina de la conciencia colectiva de un pueblo; que ningún género teatral debe estar divorciado del público; que el teatro es la voz del pueblo, del que se nutre, y a él debe estar dirigido y que, en definitiva, fue el ánimo popular el que dio vida a nuestro teatro glorioso.

Paco tuvo esa visión desde los comienzos de su carrera, entendiendo que en la lucha entre el elemento popular y el erudito, acaba venciendo el primero. Y triunfó en el empeño porque, salido del pueblo y chapuzado en él hasta la coronilla, sacó a escena tradiciones y temas arrancados a las entrañas del pueblo que conoció a la perfección porque nunca vivió de espaldas al mismo y supo bajar de las tablas a inspirarse en los problemas cotidianos de las gentes con las que se fundió.

No es aventurado afirmar, a la vista de los razonamientos anteriores, que el actor aragonés no tuvo «su público» porque «su público» fue el pueblo. Toda manifestación artística, deportiva, taurina, etc., tiene un público específico. Los que vivimos en lugares pequeños decimos, con frecuencia, «han ido los de siempre» para reflejar el reducido grado de asistencia a cualquiera de esas manifestaciones. Fue el pueblo entero el público de Paco Martínez Soria. Iba

gente a verlo que, habitualmente, no asistía al teatro. En Zaragoza —como en todas partes— se le esperaba, cada Pilar, con verdadera expectación y sus apariciones en escena eran acogidas con el clamor general de los asistentes. Su imagen era familiar, como algo que pertenecía a todos. Un fenómeno insólito, sin duda.

Su teatro alegre, desenfadado, burla burlando, era, empero, aleccionante y hacía reflexionar no poco. Se extraía de él la oportuna moraleja y cada espectador se veía representado en alguna de las facetas que encarnaba nuestro actor. El público salía siempre del teatro con un mensaje alegre y gratificante, lleno de solidaridad y esperanza.

Paco Martínez Soria fue siempre fiel a su línea de un teatro moralista y constructivo. Como todo artista que se precie, hizo de la moral su santo y seña. Representó un teatro educativo, escuela de costumbres, de buenas costumbres, y enseñó al pueblo —habrá que repetirlo una y otra vez— porque, sencillamente, aprendió de él. No claudicó ante modas y «salidas de tono» de dudosa ética y mal gusto. No a otra cosa conducían sus monólogos, espontáneos como la realidad misma, poniendo, volcando su alma. Su naturalismo, de muchos quilates, mostró siempre el interior de su alma. Baste con recordar sus obras, presentes en la memoria de todos. Recuerdo que en los programas de la obra que representó en Zaragoza, Fiestas del Pilar de 1978, rezaba: ¡RISAS TOTALES! ¡VESTIDOS INTEGRALES! Esos vestidos integrales lució Paco en su carrera, sin exhibir su honestidad personal y artística al desnudo, huyendo de ropajes al uso que no precisó para cautivar y penetrar en las entrañas de las gentes. Sabía que era el espejo donde se miraba su legión de admiradores a la que no podía defraudar con desnudismos de moda, lenguaje soez, situaciones groseras, etc. Su teatro no necesitó de esos malos recursos para triunfar y sus obras estuvieron inspiradas en el buen gusto y respeto a todos los prójimos. Y digo sus obras porque Paco, personaje peculiar, exigía los textos a su medida, intervenía en ellos, y lo fue todo en el teatro: empresario, director, adaptador, actor, etc.

El amor al teatro, su plena dedicación a él, no le impidió vivir una intensa vida familiar. Con frecuencia —cada vez menos— el actor vive al margen de la estructura social, creando su propio mundo, formando con otros actores comunidades específicas, cerradas, dicho sea con todos los respetos y sin el menor tono peyorativo. El firmante es un gran aficionado al teatro y tiene a los actores en alto pedestal y, en presencia de ellos, se siente como un monaguillo ante el altar. Nuestro Paco, viviendo intensa y apasionadamente su mundo teatral, siendo el amigo de todos, tuvo siempre una dedicación especial para su familia. Hasta en esto fue un hombre normal, del pueblo.

Con todas las matizaciones que se quieran, los componentes del triángulo Charlot, Cantinflas y Paco Martínez Soria, tienen muchas analogías en el desa-

rollo de sus carreras y en el simbolismo que representan para las gentes y, en especial, para las sencillas, desheredadas y de noble corazón.

Aragón, en general, y Tarazona, en particular, deben sentirse orgullosos de Paco Martínez Soria, un aragonés incurable. Los turiasonenses pueden blasonar de contar con tan ilustre y excepcional paisano y Tarazona de tan preclaro hijo.

El título de esta comunicación, más que un mero título enunciativo, quiere ser como un estandarte teatral de Tarazona, ciudad que se ha ganado, por derecho propio, un lugar de honor en la historia del teatro español.